

presa que mil circunstancias podían desbaratar. Para escribir con aquel tono de seguridad y con seis meses de anticipación, diciendo que el 24 de agosto, el almirante y todos sus correligionarios que habitaban en París habían sido degollados, era preciso que tuviese seguridad: 1.º, de que la reina Juana daría su aprobación al casamiento de su hijo con Margarita de Valois; 2.º, que vendría á las bodas, no obstante su repugnancia hácia una ciudad cuyos habitantes amaban á los de Guisa tanto como aborrecían á los hugonotes; 3.º, que muriese el Papa Pio V, que nunca quiso otorgar la dispensa para ese matrimonio; 4.º, que Gregorio XIII se prestaria mejor que su antecesor á las buenas intenciones de Carlos IX; 5.º, que Coligny y sus parciales serían bastante insensatos para confiar en las buenas demostraciones de amistad que el rey les dispensaba; 6.º, que el almirante no haría caso de los avisos que le daban desde la Rochela y otras partes del reino; 7.º, que un asesino torpe ó atolondrado no daría al traste con todas las providencias, anticipando por sí mismo la hora indicada para dar muerte á dicho jefe del partido; 8.º, que el tiro de Maurevert, no previsto en el sistema de la reina, no hubiese hecho tomar las armas ó la fuga á los hugonotes; 9.º, que los sabios consejos del señor de Chartres y sus funestos presentimientos serían despreciados por parte de Coligny, y que se opusiera á que su suegro fuese trasladado al menos al arrabal de San German, desde donde hubiera podido librarse de la matanza; 10.º, que la misma reina, escribiendo varios meses antes del día señalado para el degüello, estuviese segura de que su carta no caería en manos de los hugonotes por infidelidad, imprudencia, caso fortuito, ó por muerte de Strozzi. Pero ¿á qué estendernos mas? ¿Quién no vé cuantos otros incidentes y casualidades hubieran podido desconcertar la ejecución de una empresa, cuyo desenlace podía sin duda alguna ser muy deseado, pero imposible de decirse á punto fijo el momento en que se había de verificar, de manera que su resultado fuese infalible? Es pues una cosa absurda decir que Catalina de Médicis envió á Strozzi, algunos meses antes de agosto, un pliego con dos cartas, de las cuales una sellada no debía abrirse hasta el día 24 de ese mes, que fué el

de la matanza. Y siendo los hechos tan indivisibles en materias históricas, como las declaraciones en actos judiciales, desde el momento que se oye afirmar que la reina remitió su carta á Strozzi algunos meses antes de la jornada del 24 de agosto, y que en ella se contenían disposiciones sobre un acontecimiento que no podía estar asegurado, dispuesto ni previsto definitivamente por ningún poder humano, no hay otro remedio que reputar semejante aserto por falso é inventado con muy poca habilidad.

Si aun despues de lo que acabamos de decir hubiera algunas personas que participasen de la opinion de los que creen que la jornada de San Bartolomé fué una trama urdida con mucha anticipación, ó dispuesta como una mina que debía estallar por todas partes en un mismo instante, una reflexión muy sencilla acabará de desengañarles.

Aquella sangrienta tragedia preparada con mucha anticipación, como algunos pretenden, suponía por parte de Catalina de Médicis y de su Consejo disposiciones positivas y uniformes, que por lo menos hubieran tenido buen resultado en algunas ciudades; y sin embargo, no hubo una sola donde la acción sucediese el mismo día que en París. En Meaux se verificó la matanza el lunes 25 de agosto, en La Charité el 26, en Orleans el 27, en Saumur y Angers el 29, en Lion el 30, en Troyes el 2 de setiembre, en Bourges el 11, en Ruan el 17, en Romans el 20, en Tolosa el 23, y en Burdeos el 3 de octubre. En vista de estas fechas tan diversas, no se puede menos de convenir en que no merecía la pena de que se hubieran tomado medidas con tanta anticipación (1), y aventurarse á que se malograra la acción de la mina, ó se convirtiesen sus efectos contra los mismos que habían tenido la imprudencia de cargarla tanto tiempo antes del plazo señalado para su explosión. ¿Mas cómo es posible creer que se dieron á todas partes órdenes para un mismo día, al ver que en ningún punto fueron ejecutadas en el momento señalado, siendo así que para oponerse á ellas no había un conde de Tende en Orleans, un conde de Charny en Saumur,

(1) Homb. illust. t. 13, p. 149.

Angers y Troyes, un Saint-Herem en Bourges, un Tanegny le Veneur en Ruan, un Gordes en La Charité, un Mandelot en Tolosa, y un Orthés en Burdeos? Es preciso, pues, estar ciego para no ver en la diferencia de las épocas de la catástrofe la imposibilidad de una premeditación combinada, y para no ver en el encarnizamiento de los asesinos solo un efecto de la licencia desenfundada, en lugar de una orden anterior y general, de la que no se encuentra prueba alguna. Tómense la molestia de fijar por segunda vez la vista en las fechas de aquellos tristes acontecimientos; repárese en la diferencia de distancias que hay desde la capital á los sitios en que ocurrieron, y se verá que, á manera de un torrente desbordado, se estendieron sucesivamente de lugar en lugar, é inundaron de sangre los países en que el de los católicos gritaba mas (1) venganza, sin que para eso fuese menester ni orden superior ni impulso de ningún género. El odio que separaba á los dos partidos, los males que los calvinistas habían hecho á los católicos, las enemistades particulares, la codicia general, una especie de furor que el demonio de las guerras civiles había inspirado á los franceses cambiando las costumbres de la nación mas humana, bastaban para producir aquellos funestos efectos, y Carlos IX debía de ocuparse menos en los medios de producir una gran matanza que en los de prevenirla: así es que apenas el almirante fué herido, escribió á los gobernadores de las provincias, que haría buena, breve y rigurosa justicia de aquel acto pernicioso (2), porque temía que los hugonotes se la hiciesen por su propia mano. Así es tambien que en el mismo día de San Bartolomé, avisó á sus gobernadores lo que acababa de suceder en París, achacándolo á la enemistad de dos familias y encomendándoles que tomasen providencias para que no se turbase la tranquilidad en sus respectivas capitales, porque era muy de temer que aquella desgracia se extendiese y pasase mas allá de París, sea por el mal ejemplo que había arrastrado á los católicos, sea por la impresión de resentimiento

que podía animarlos contra los hugonotes, ó sea por el derecho cruel de represalias que podía impeler á estos contra aquellos. El tiempo nos ha conservado tan pocos monumentos de ese género, que he creído deber insertar á continuación una carta de Carlos IX (1) á un gobernador (2), cuya lectura no podrá menos de dispar de la preocupación general de que el rey y su consejo tuvieron el designio y concibieron el plan de hacer perecer en un día á todos los hugonotes.

«Señor de la Joyeuse: por lo que os escribí antes de ayer estais ya enterado de la herida del almirante, y de cómo me hallaba dispuesto á hacer todo lo posible para la indagación del hecho y castigo de los culpables, para lo cual nada se ha omitido. Desde entonces ha sucedido que los individuos de la casa de Guisa, y los otros caballeros y nobles parciales suyos, que como nadie ignora tienen no pequeña influencia en esta ciudad, habiendo sabido positivamente que los amigos del almirante querían tomar de ellos venganza por suponerles autores de aquella herida, se han agitado con este motivo tan violentamente la noche pasada, que entre unos y otros ha ocurrido una grande y lamentable sedición, de cuyas resultas ha sido forzado el cuerpo de guardia de la casa de dicho almirante, y él mismo ha sido asesinado, juntamente con otros nobles de su parcialidad, repitiéndose además iguales atentados en otros varios puntos de la ciudad. Todo esto se ha verificado con tal furia, que no ha sido posible remediarlo del modo que hubiera sido de desear, pues he tenido que emplear mis guardias y otras fuerzas armadas para mantenerme en una posición respetable en este palacio del Louvre, á fin de espedir órdenes por toda la ciudad y apaciguar la sedición, que gracias á Dios está ya amortiguada en este instante, habiendo provenido de la rencilla particular que hace ya mucho tiempo existe entre dichas dos familias, y la que yo he tratado de desvanecer por cuantos medios me han sido posibles, como á todos es notorio, temiendo que al fin había

(1) Nótese que á escepcion de Nimes, casi todas las ciudades en que los hugonotes habían cometido mas asesinatos, fueron las en que mas maltratados sahiron en la repetición de las escenas de París.

(2) M. de Aubigné, t. 2, l. 1.

(1) Conservanse otros dos documentos casi semejantes en las Memorias del estado de la Francia, el uno dirigido á Chavot, gobernador de Borgoña, y el otro á Montpezat, senescal del Poitou.

(2) Esta carta está tomada de los archivos de la municipalidad de Nimes.



de traer funestos resultados; no habiendo en esto nada que exija ninguna interrupción del decreto de pacificación, el cual es mi voluntad que se lleve á efecto mas que nunca, y ahora con tanto mas motivo, cuanto es mas de temer que estas ocurrencias hagan sublevar á mis vasallos unos contra otros, y acaezcan grandes asesinatos por las ciudades de mi reino, lo cual me causaria un profundo dolor; por lo que os ruego que hagais publicar y saber en todos los puntos y lugares de vuestro gobierno, que cada cual permanezca tranquilo en su casa, sin tomar las armas ni ofenderse unos á otros, bajo pena de la vida, haciendo guardar y guardando cuidadosamente mi decreto de pacificación. Con este objeto, y para castigar á los contraventores y perseguir á los que intenten agitarse y contrariar mi voluntad, os faculto para que os valgais, tanto de vuestros amigos de mis ordenanzas, como de otros. Tambien advertireis á los capitanes y gobernadores de mis ciudades y fortalezas de vuestro gobierno, que cuiden de la conservacion y seguridad de sus plazas, de manera que no acaezca falta alguna, dándome cuenta lo mas pronto posible de las órdenes que les comunicais, y de cuanto ocurra en los limites de vuestro gobierno. Señor de Joyeuse, ruego al Criador os tenga en su santa y digna guarda. Dado en París el XXIV de agosto de MVCLXXII. Firmado, CARLOS, y mas abajo FIZIEN (1).

Por esta carta se ve que el rey habia escrito ya otra al mismo gobernador el 22 de agosto, con motivo de la herida del almirante: esta atención que se usó con todos los gobernadores de provincia (2) será acaso lo que indujo en error á los historiadores contemporáneos. Al ver estos una multitud de correos despachados en todas direcciones, creyeron sin duda que eran portadores de órdenes para esterminar á los hugonotes, siendo así que no corrían sino para evitar se esterminase á los católicos; y este es el fundamento mas aparente sobre el que se pudo formar la comun opinion acerca

(1) El sobre decia: A Mr. de Joyeuse, caballero de mi orden, consejero de mi Consejo privado, capitán de cincuenta lanzas, y mi teniente general en Languedoc.

(2) Mr. de Orthe habia recibido otra igual, en consecuencia de la cual puso en seguridad á los calvinistas de Ax: su carta no es pues otra cosa que la respuesta á una orden supuesta.

de las órdenes de esterminio de los hugonotes; pero una conjetura no es una prueba, mayormente cuando queda desvanecida por los hechos. Si la reina no pudo, á menos de haber tenido una revelación, escribir á Strozzi algunos meses antes de la matanza: *Os advierto que el dia de hoy 24 de agosto, han sido muertos el almirante y todos los hugonotes*, y esta carta no es un documento imaginario, no pudo ser escrita sino el mismo dia de la matanza, y en ese caso tampoco existió para ella ninguna anterior disposición, y por lo tanto fue obra del momento. Mirando Catalina de Médicis á los rocheleses como los súbditos mas insolentes por causa de su fuerza, y los mas peligrosos por su situacion topográfica, es posible que en aquellos momentos en que en París todo respiraba sangre, dominase todavía en el gabinete de la reina el furor que de ese mismo gabinete habia salido y excitara á su Consejo contra los rocheleses. Si el gobernador de Orleans envió uno de sus dependientes á París para saber las intenciones del gobierno, claro está que no habia recibido la orden de pasar á cuchillo á los hugonotes: si los habitantes de Bourges enviaron con el mismo objeto á Mareuil, quien regresó sin orden alguna, es evidente que no se le habia dirigido ninguna sobre el particular. Si La Mole llevó al conde de Tende una orden verbal, y que quizás fue inventada por aquel malvado, era posterior á las cartas enteramente contrarias escritas por el rey directamente al gobernador, con lo cual queda destruida la idea de un proyectó y orden anterior. Si á la llegada de Dauxerre (1), portador de la orden, y á instancias suyas, Mandelot, lavándose las manos respecto de los asesinatos, le dijo: *Amigo mio, quede atado lo que tú atás*, es tambien una prueba de que hasta entonces el gobernador no habia recibido mas que órdenes para poner á los hugonotes en seguridad y no para pasarlos á cuchillo.

Contra la opinion casi recibida, ó mas bien dicho, contra la suposición de las órdenes, añadiré, que si Carlos IX las hubiera dado, no habria tratado de desvirtuarlas por medio de cartas, pues este monarca jamas se aver-

(1) Mr. de Aubigné llama Dauxerre al que el martirografo denominó a Duperrai, enviado por Mr. de Rubis.

gizó de confesar que las habia dado respecto de París, como lo manifestó en pleno parlamento y á los gabinetes extranjeros; y si los asesinatos cometidos en las provincias hubiesen dimanado de la régia voluntad, tampoco se habria confiado su ejecución á algunos estudiantes callejeros y á otros bribones en Tolosa, ni se hubieran hecho tampoco diligencias para descubrir á sus perpetradores en Lyon y Ruan. Concluyamos, pues, diciendo que la proscripción no tuvo que ver mas que con el almirante y los que podian vengarle ó prolongar los disturbios, *pues no se resolvió mas que la muerte de los gefes y facciosos*; que los horrores no debian haber salido fuera del recinto de París, *pues el rey hizo saber por medio de nuevas cartas, que no era su voluntad que aquella ejecución pasase adelante ni se extendiese mas*; y que si á pesar de esas precauciones los asesinatos cundieron de la capital á varias ciudades *fué perche la fama que vola per tuto il reame di quanto era avvenuto a Parigi, invito gli cattolici di molte citta á fare il medesimo*.

No trato de hacer cargos á los historiadores católicos, que sobre este particular han pensado y escrito de distinto modo: menos pretendo aun presentar las contradicciones del P. Daniel, que mientras que por una parte destruye el odioso sistema de un complot meditado y preparado con anticipacion, apoyándose para conseguir su objeto en la autoridad de Brantome, Tavannes, Miron y Matthieu, por otra parte reúne materiales para los que quieren cimentar esa calumnia, sea cuando dice (1) que «Carlos IX consideró como una obra maestra de su política haber hecho caer en el lazo al hombre mas hábil, instruido y desconfiado de su reino, que cuando le aconsejaban que pasase á la corte, solia decir: *no me conocen, yo no soy el conde de Egmont*»; sea cuando refiere que el rey hizo la farsa de querer dar á entender que su intencion era proteger á los hugonotes. Mas no puedo mirar con la misma indiferencia que el autor de la Historia de Nimes (2), cuya pluma acostumbra generalmente ser esacta hasta en lo mas minucioso, diga que pasó por aquella ciudad

en 29 de agosto un correo portador de la orden de matanza, debiendo decir que el correo á que este autor se refiere no hizo mas que divulgar en Nimes la noticia de los acaecimientos de París. En efecto, no hay acto alguno que acredite que llegase á Nimes ninguna orden para aquella horrible ejecución. Lo único que se ve es que los habitantes católicos y hugonotes la temieron, y de comun acuerdo tomaron providencias contra los que pudieran venir de la parte de afuera para cometerla, por lo cual no dejaron abierta mas que una puerta de la ciudad confiada á una guardia compuesta de los hombres mas notables de ambas religiones. De manera que lejos de ser un ángel esterminador el correo que pasó el 29, era un ángel de paz, pues iba encargado de la carta del rey á Mr. Joyeuse: como se ve por la de este gobernador á los habitantes de aquella poblacion, y por la fecha en que se leyó y tomó nota de la carta de Carlos IX en la municipalidad de Nimes, lo cual ocurrió el dia 30.

§. IV.—En la jornada de San Bartolomé hubo menos víctimas que lo que generalmente se cree.

No es fácil determinar el número de personas que perecieron el dia de San Bartolomé ó á consecuencia de aquella terrible catástrofe; pero lo es comprender que ningun historiador ha dicho verdad, pues no hay dos relaciones que estén acordes en el particular, y aun debe notarse que á proporcion que los autores se han ido alejando de la época de aquel suceso, han ido abultando sus efectos, como si él no hubiese sido bastante horrible en sí mismo. Así es que Perefice escribió que habian muerto cien mil personas (1); Sully, setenta mil; Mr. de Thou, treinta mil, ó poco menos; La Popeliniere, mas de veinte mil; el martirologio de los calvinistas, quince mil; y Papire Masson cerca de diez mil.

De estas diversas opiniones, la menor parece la mas verosímil, porque proviene de un autor que no trataba de paliar la accion; antes por el contrario, hubiese querido se hubiera extendido por todas las provincias. No referiremos sus palabras, porque repugnan dema-

(1) Hist. de Franc. t. X, p. 486 y 487, año 1570 y 1571.

(2) T. V, p. 71. B. del C., tomo XX.—VII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo V.

(1) N. B. Bayle, en la crítica general de la Historia del Calvinismo, toma por base suya este número. Qué mala fé!